

celestiales, los que conservan á veces al hombre, como conserva el rocío de lo alto en ciertas regiones afortunadas, las plantas que en ellas se producen, no siendo necesaria el agua que brota de las fuentes ni la que cae de las nubes, la gloriosa penitente de Lima se hubiera agostado bien pronto, por faltarla el jugo indispensable para hacer frente á los enemigos de la existencia.

Cuando sólo contaba seis años, emprendió la ruda tarea de sacrificar en aras de la mortificación cristiana, los instintos propios de la naturaleza en esa edad. Puso sobre sus hombros la cruz de una abstinencia, capaz de hacer desfallecer á los más esforzados en la práctica de esta virtud. Prometió al Señor no comer más que pan y agua los miércoles, viernes y sábados de cada semana. A los quince, época crítica en el orden moral, por lo mismo que comienza en ellos á brotar la cizaña, que los enemigos espirituales arrojan al campo, que cultiva el Padre de Familias, nuestra virgen, para hacer estéril en sí misma la concupiscencia, de modo que no produjera los frutos de perdición que señala y lamenta el Apóstol, contrajo el compromiso sagrado de privarse en adelante de la carne; á no ser que la obligara á comerla la obediencia, que debía á sus superiores. Y ¡qué avara y miserable se mostraba con su cuerpo, cuando llegaba el caso de darle el sustento, que tan justamente reclamaba! Con menos de dos panes pequeños, de ocho que la daban de limosna todas las semanas, pasaba cada una de ellas; no tomando jamás otro alimento. Aun de este escaso refrigerio se privaba con mucha frecuencia, dejando pasar algunos días seguidos y hasta semanas y meses, sin gustar un solo bocado de pan. Y cuando lo tomaba, ¡qué adulterado se lo ofrecía á su estómago necesitado! Rociaba todo lo que comía con hiel y vinagre; ya para mortificar el sentido del gusto, ya para pagar con este acto de penitencia la deuda de amor, que con-

trajo el hombre con Jesucristo, al beber este Señor en la cruz hiel y vinagre.

Sigamos admirando el valor sobrenatural de Rosa, mientras sube por la pendiente erizada de espinas, que concluye en el monte santo de la mortificación cristiana. Tuvo siempre por vergonzoso esta virgen dejarse vencer del sueño, el que, no obstante el dominio avasallador que ejerce sobre la naturaleza, no pasa de ser un enemigo perezoso y cobarde. ¡De qué ardidés no echó mano á cada instante para triunfar de quien tan blandamente ataca, tan sagazmente seduce, tan fuertemente sujeta y tan vergonzosamente alcanza victoria del hombre! Luchaba contra él esta esforzada guerrera de la virtud á brazo partido: bien permaneciendo derecha muchas horas seguidas, para esquivar de este modo más fácilmente la tentación; bien golpeándose á sí misma en la cerviz, en el pecho ó contra la pared, para ahuyentar las huestes formidables de su adversario; bien extendiendo los brazos sobre una cruz de madera, á la que se sujetaba por dos gruesos clavos, perseverando en esta postura noches enteras; ó bien quedando colgada de los cabellos, de modo que tocara en la tierra tan solo con las puntas de los dedos.

Cuando era preciso pagar á la naturaleza el tributo forzoso del sueño, ¡de qué mala gana satisfacía esta deuda! No concedía al cuerpo rendido por las continuas austeridades mas que dos horas de descanso; si merece este nombre el recostarse sobre cerca de trescientos cascotes de teja, esparcidos por las tablas desnudas, que servían de lecho á nuestra virgen; el apoyar la cabeza sobre una piedra esquinada ó sobre troncos nudosos; y el beber antes de entregarse al sueño buena cantidad de hiel, en memoria de la que amargó las fauces del Hijo de Dios próximo á la muerte.

¿Cómo pudo un organismo tan gastado como el de la



virgen de Lima hacer frente al tropel de sufrimientos que van en pos de las penitencias heróicas, hasta aquí enumeradas? Aun nos queda mucho que mirar y que admirar. Fijémonos de nuevo en Rosa, dispuesta á llegar hasta la cumbre del Calvario, por el camino más molesto y trabajoso, de los muchos que á ella conducen. ¿No lo es en efecto descargar todas las noches sobre el cuerpo el golpe riguroso de la sangrienta disciplina, hasta regar el suelo con sangre inocente? ¿No lo es sostener desde niña todos los días durante algunas horas, gruesos maderos y pesados ladrillos, con el fin de quitar á la concupiscencia, por medio de la fatiga y del cansancio, la poca savia que la daban el alimento y el sueño? ¿No lo es ceñir tan apretadamente la cintura con cadena de hierro, que haga ésta surco profundo en la carne, y quede enterrada debajo de ella? ¿No lo es vestir tan áspero cilicio de cerdas de caballo, que todas las partes del cuerpo, desde el cuello hasta las rodillas, sientan el desfallecimiento que produce el ardor exterior, cuando es insoportable? ¿No lo es poner las plantas de los pies, á los que no llega la aspereza del cilicio, á la boca del horno encendido, cuando en él se cuece pan; que es dos ó tres veces cada semana? ¿No lo es pasear de noche el huerto de su casa, llevando sobre los hombros una cruz, que apenas pueden mover los brazos debilitados de la virgen; cayendo á plomo en el suelo, para sentir parte de los dolores que experimentó el Hijo de Dios en la calle de la Amargura, cuando llevaba sobre sus espaldas benditas el afrentoso madero, en que había de ser crucificado? ¿No lo es atormentar la cabeza con una corona en que hay clavadas noventa y nueve púas de metal, las que por el hecho de taladrar tan cruelmente las sienes abisman á Rosa en un piélago insondable de sufrimientos y dolores? ¿No lo es, sobre todo, sentir martirio tan intenso como el que experimentó próxima á la

muerte, según lo confesó ella misma al médico que la asistía en la última enfermedad, cuando «la parecía que »la aplicaban á las sienes un globo de hierro encendido; »que un asador hecho ascua la atravesaba desde lo alto »de la cabeza hasta la planta del pie derecho; que un »puñal abrasado la penetraba por medio del corazón; »que tenía en la cabeza un morrión de llamas, que gol- »peaban por todas partes con golpes de martillo, y que »los huesos se resolvían poco á poco en polvo y las me- »dulas se secaban y se convertían en ceniza?» Con dificultad se encontrará en la historia eclesiástica un ejemplar más acabado de la abnegación, que pide el Apóstol de las gentes cuando dice: «Mortificad los miembros del pecado, que es vuestro cuerpo de corrupción y de muerte.»

¿Por dónde condujo el Hijo de Dios á su amada esposa, la virgen de Lima; mientras vivió en este valle de miserias y quebrantos?

Sería preciso para responder de un modo conveniente á esta pregunta, poder sondear las profundidades de dolor, que encierra un alma santamente enamorada del Esposo divino, cuando cree que se halla apartada para siempre del blanco de sus afecciones castas, del dulce imán de todas sus tendencias y deseos.

¿Pero cómo podremos expresar las torturas que produce en corazones tan amantes como el de Rosa, esta clase de desvíos, nosotros, que gemimos bajo la carga ignominiosa de la indiferencia en el servicio del Señor? ¿Cómo mediremos la extensión de este desconsuelo, los que tenemos en tan poco las riquezas de la gracia, que las posponemos con frecuencia á los sucios deleites de la carne? ¿Qué distintos eran el criterio y la conducta de la Patrona del Nuevo Mundo! Amaba de todas veras á Jesucristo; y de aquí el que la fuera tan insoportable, hallarse sumergida en el abismo de oscuridades interior-



res en que son purificados los corazones capaces del heroísmo del sufrimiento; desde el que, ó no se descubre á Dios, ó si se le vislumbra, es á la luz amortiguada y confusa que despiden el recuerdo de las faltas pasadas y la consideración del juicio venidero. Amaba, pero al no gustar ninguno de los frutos sabrosos, que produce el árbol de la caridad divina, cuando es verdadera, sentía desfilas por delante de su alma en agitado tropel y desorden los recuerdos tristes de los pecados cometidos, los que engendraban á su vez en ella sospechas de que su amor no fuera verdadero. Amaba, y la era por consiguiente mas amargo que mil martirios no descubrir como en otro tiempo las huellas de luz y los perfumes celestiales, que, á su paso por el entendimiento y por la voluntad, deja el Señor en estas potencias. Amaba, y el no saber si merecía ser correspondida, la causaba amarguras interiores, que tenían alguna semejanza con las penas que sufren los condenados en el infierno y mucha con las de las infelices almas del purgatorio. «Cuando entre esas tinieblas, decía á nuestra virgen el que más profundamente sondeó su espíritu, que fué el Doctor Castillo, te parecía ¡oh Rosa! que podías esperar salida y que había de tener fin el molesto ahogo, has de saber que fué gustar en cierto modo las penosísimas dilaciones de las almas del purgatorio, que en aquella cárcel gimen, viendo lo que se dilata el sumo Bien que esperan. Pero cuando por ningún lado ni camino se descubría luz para esperar libertad y remedio, y se introducía la oscuridad y horror envuelto en el humo de la eternidad, esto era una imagen muy viva de las penas del infierno... En este crisol se purifica el oro, resplandece la hermosura de la caridad y cobra fuerzas y robustez el amor varonil y se arma como con una adarga invencible, acostumbándose á amar á Dios como es en sí mismo.....»

He aquí perfilado muy á la ligera el retrato moral de Rosa de Santa María. Aparece iluminado por los fulgores purísimos, que despiden la oscuridad de la pobreza evangélica, el sombrío retraimiento de las pompas mundanas, viviendo en medio de ellas, la palidez con que marcan su paso por el cuerpo las austeridades y mortificaciones, elevadas al mayor grado posible de perfección, y sobre todo, las tinieblas interiores del alma, atmósfera vital, que tienen que respirar cuantos han de despojarse en absoluto de lo que llama San Pablo «hombre viejo» para vestirse de Jesucristo, luz indeficiente y eterna, amor purísimo y vivificante.

¿Qué extraño que cause tan dulce impresión fijar la vista en el rostro de Rosa de Santa María? ¿Qué extraño que la consideración de las virtudes de esta virgen haya movido tantas lenguas para cantar sus glorias y tantas plumas para ensalzar sus méritos? El Dr. Zegarra, en su *Estudio bibliográfico sobre Santa Rosa*, premiado con medalla de oro en el Concurso literario, cita á 276 autores que han escrito en alabanza de la Patrona del Nuevo Mundo. En la imposibilidad de nombrarlos, séanos permitido tomar de la introducción que dicho escritor pone á su *Estudio*, los siguientes párrafos:

«En el huracán de las pasiones humanas, que azotando con furia incontenible, ha dejado asolados nuestros valles y nuestros montes, el pasado permanece intacto, sin duda por inaccesible á la codicia extraña; y entre las joyas de ese pasado remoto, ninguna de mayor precio que la niña sencilla, que desde el oscuro rincón de humilde retrete ascendió hasta los altares, dejando su nombre en toda la redondez de la tierra venerado; convertido por doquier en tiérnísimo y familiar símbolo de mansedumbre cristiana, de austero sacrificio propio, de



angelical pureza, y eternamente asociado á la ciudad de Lima.

Y en verdad, que no podemos leer las escenas de su admirable vida, sin que al mismo tiempo evoque el espíritu la era colonial y la sociedad de los siglos XVI y XVII, en la opulenta metrópoli de los Reyes.

El arcabucero Gaspar Flores, haciendo su guardia en el ancho vestíbulo de la mansión oficial del Marqués de Cañete, y retirándose á su casa «á cuatro cuadras abajo de la plaza principal», después de haber satisfecho las preguntas que sobre su maravillosa hija dirigiánle sin duda los ociosos y las comadres; las atenciones y finezas de doña Maria Usategui, que enviaba á su criada muy temprano á casa de Rosa, con la amplia jicara de chocolate, no menos succulento por el largo recado conceptuoso que la acompañaba; el sobresalto general y serio, por la aparición del terrible Spilberg en el desierto horizonte de estos mares; las escenas producidas al saberse su derrota, pues fué vencido el holandés; manifestándose más eficaz la protección divina contra los antiguos que contra los modernos corsarios,—estos y otros episodios parecidos, son cuadros sociales admirablemente adaptados para la poesía y para la novela.

Isabel Flores vino al mundo cuando aun conservábase en Lima cierta agitación en el devoto sexo femenino. El concilio presidido por el santo Arzobispo Toribio había promulgado, ó intentado promulgar, leyes reformadoras del traje mujeril. Al decir de cierto cronista rimador, se vedaba á las damas nada menos que exhibirse en público, con el rostro encubierto; cual hasta entonces solían, y aunque contra censura semejante reveláronse no pocas, hubo otras menos tenaces, más cuerdas ó más hermosas, que de grado con la novísima pragmática conformadas, recibieron en la faz la clara luz del sol, paseándose galanas sin el prohibido embozo

y cubierto el gracioso talle de abundantes adornos primorosos y bizarramente aderezados. Extasiase el cronista ante el lujo y magnificencia de las nuevas basquiñas y ante el mucho oro y piedras preciosas que guarnecíanlas. (1) Pero ni Doña Bernarda Niño cuya basquiña «en tres mil pesos fué apreciada»; ni Doña Beatriz Aliaga, cuya «gala iba en discreción aviso y buen sentido»; tanto ó más que «en costoso aderezo de vestido» ni las otras opulentas damas, á quienes recuerda el buen Arcediano Centenera, lograron jamás sobrepasar con sus mundanas pompas la magnificencia de la humilde criatura, que debía aparecer en breve sobre el horizonte de la vida, lleno su corazón de virtudes y estrechadas las sienes por diadema de inmarchitable belleza.

Avasallóse muy en breve el mundo entero ante la austeridad extraordinaria, ante la maravillosa vida de la santa indiana; aunque quizá por haber nacido tan peregrina flor en climas lejanos y poco conocidos, dice la tradición, que en un principio fueron escuchados con oído incrédulo episodios conmovedores de sus divinos arrobamientos y los detalles de sus secretas penitencias.

Pero toda duda pasó como una nube, y proclamada solemnemente su santidad, impregnóse el mundo de su cariñoso culto, como del perfume de exquisitas flores el ambiente de la mañana; y el himno de la gloria de Rosa de Santa María comenzó á oirse en todos los idiomas y en todas las latitudes del orbe cristiano.

Corresponde el primer lugar, entre los que su docta pluma consagraron á honrar dignamente á la nueva santa, al religioso dominico Fr. Leonardo Hansen, alemán de nación, varón distinguido entre los de su hábito

(1) *La Argentina* Poema histórico por D. Martín del Barco Centenera.—Lisboa, 1602, 4.º Canto XXIII.



y llamado en fuerza de sus virtudes y de su saber á las funciones más honrosas y graves en la Orden de Predicadores. Aunque hay algunos opúsculos de fecha anterior al año 1664 en que se publicó el primer trabajo de Hansen sobre Santa Rosa, no podrán jamás ellos arrebatarse á las elegantes elucubraciones del piadoso dominico el mérito literario é histórico que encierran, ni la gloria de haber servido de base y cimiento á todos los trabajos posteriores de alguna importancia sobre la santa peruana.

Los Bolandistas dan una sucinta noticia del P. Hansen que integra trascribimos en lugar correspondiente. Pero en rigor, corta como es ésa noticia, puede reducirse á la última frase admirable, en la que de mano maestra se hace un retrato con dos pinceladas: «Solitudinem amans, semper aut legebat, aut scribebat, aut orabat, donec annis gravis, integro, ad ultimam usque horam sensu cum virtutum odore piam Deo reddidit animam...»

En 1664, publicó Hansen en Roma su *Vita Mirabilis* en 12.º; y en ese mismo año, hizo otra edición en 4.º El libro fué desde un principio muy popular, como lo comprueban sus ediciones sucesivas de 1668, en Lovaina, Augsburgo, y en otras ciudades europeas; así como las traducciones que rápidamente se multiplicaron; y tanto, que cuando publicó en 1680 la tercera edición romana en folio, pudo Hansen hacer referencia en el corto prefacio, á tres traducciones italianas, á dos españolas, á una polaca, á otra flamenca, á otra alemana, y por último, á un breve compendio en francés. Nada prueba mejor que esto, á la vez que el mérito intrínseco y la popularidad de la obra, la rapidez con que se había extendido el culto de la Santa Limeña.

Casi simultáneamente con la del P. Hansen publicóse en Roma en 1665, otra *Vida de Santa Rosa*, sin nombre

de autor; pero bajo los auspicios y con la intervención del M. R. P. Fr. Antonio González de Acuña, de la Orden de Predicadores, célebre catedrático de Teología que alcanzó renombre no pequeño y fué sucesivamente definidor provincial en 1657; procurador de la beatificación y canonización de Santa Rosa; visitador y vicario general en Nápoles; provincial en Tierra Santa, y por último obispo de Caracas, en 1676, en cuya elevada dignidad falleció seis años después.

La parte que tuvo el P. Acuña en la publicación del *Compendio* anónimo de 1665, conocida sin duda, produjo naturalmente la creencia general que le identificaba con el autor de aquel libro. Perpetuóse esta presunción durante buen número de años, hasta que investigaciones posteriores vinieron á comprobar que el *Compendio* atribuido al P. Acuña había sido escrito por el jesuita italiano Lorenzo Lucchesini, sabio teólogo y distinguido literato, natural de Luca, que después de dedicarse en su Instituto á la enseñanza de las bellas letras, logró captarse la confianza del Sacro Colegio, formando parte de la *Consulta de los Ritos* y de la comisión examinadora de candidatos al episcopado; funciones delicadas y gravísimas que llenó con tino y circunspección hasta 1716, año de su muerte.

Del *Compendio* vieron la luz pública no menos de ocho ediciones en otros tantos años. En 1696 publicóse la edición novena, siendo su popularidad tan general como la que gozaba la obra de Hansen y compartiendo con ésta el honroso privilegio de ser vertida en casi todos los idiomas europeos.

Al lado de Hansen y Lucchesini debemos asignar, para ser justos, lugar honroso á Fr. Domingo María Marchese, que publicó una *Vida de Santa Rosa* en italiano, Nápoles, 1665; de la que hubo otra edición en 1668, impresa en la misma ciudad y una tercera en Venecia, en



1669. Es natural que el P. Marchese publicase otras ediciones de su *Vida* antes de 1692, en que ocurrió su fallecimiento.

No fué este el único religioso italiano que, atraído por la bondad del tema, consagró su pluma á la narración de tan excelente *Vida* y á generalizar entre los fieles el conocimiento de las bellezas que la adornan. Los PP. Bolandistas, refiriéndose á Echard, recuerdan á Bertollini, 1666, á Manuel y á Lotello, 1668; y en fin á Scotto, 1669, autores, los cuatro, de sendas biografías de Santa Rosa.

Por los mismos años circularon otros trabajos sobre tan simpático asunto y debemos citar entre ellos, el *Compendio* latino de Waldhanser, el atribuido al P. Acuña, los textos en francés del P. Feuillet, del P. Faure, los *Compendios* publicados en Colonia, 1671; en Lisboa, 1670; el escrito por Fontaine, en 1682; los de Grippi, Sobèges, Giovagnolli y otros; y por último, las nuevas ediciones de las primitivas biografías, muy estimadas siempre y consultadas con entusiasmo.

Existen en castellano no pocas obras dedicadas á dar honra y prez á nuestra santa, desde la *Vida* del P. Valdecebro y el *Compendio* del P. Pérez de Menacho que solo conocemos por una lijera referencia de Mendiburu, hasta los trabajos de D. José Manuel Bermúdez. Estos últimos han sido y son todavía populares entre nosotros; y por ellos, varón tan docto rescatará, sin duda, su nombre de perpetuo olvido en los tiempos futuros.

Pero apreciable como es la obra del Doctor Bermúdez, deseáramos tener un trabajo más en consonancia con la índole y con las tendencias de la época; una *Vida de Santa Rosa* que, al par que sencilla sea filosófica; que exhiba á la heroína cristiana bajo nuevas fases y que nos arrastre, en fin, hacia ella en fuerza del dominio que ejercen los grandes caracteres; y del imperio irresist-

tible con que siempre se imponen los grandes corazones.

Algo de esto ha hecho el venerable cura de Berátzhansen, Jorge Ott. para los alemanes; y para los franceses, el Vizconde de Busierre. Escribe este último en un estilo elevado; su lenguaje es natural á la vez que elegante; orilla con desemboltura las cuestiones teológicas más profundas y jamás olvida que el lector del siglo XIX no es el del siglo XVII. He aquí cómo muestra su manera de discurrir acerca de las inauditas austeridades y penitencias de la bienaventurada Isabel Flores:

«Las mortificaciones asombrosas que practica y que creemos necesario recordar aquí, se nos proponen como prodigios de la gracia, que hemos de admirar no como ejemplos que hayamos de seguir... no es, pues, conveniente dejarse arrastrar demasiado por la fuerza de la imaginación, cuando se cuentan las prodigiosas mortificaciones de esta santa, ni creer que no se llega al término de la perfección cristiana sino se sigue la senda por donde ella andubo. Al someter el cuerpo á un regimen, el más áspero de todos, intentaba principalmente con esto la práctica de las virtudes interiores; reconocía en estas lo esencial de la santidad evangélica y sabía que las mortificaciones exteriores no lo son tanto, sobre todo en el grado, que ella las practicó.»

Y estas ideas las expresa el piadoso Vizconde, á la vez que discurre, no sin elegancia, sobre el misticismo cristiano, el estado estático, la estigmatización y la demonología.

Baillet había encontrado más sencillo el camino de negar la verdad de los prolongados ayunos y ásperos tormentos con que la santa limeña mortificaba su organismo; exceso poco reverente que, como es natural, ha atraído sobre el perpetrador las justas censuras de todos los piadosos apologistas de Rosa de Santa María,



desde los Bolandistas hasta el mismo Vizconde de Bussierre.

Después de las biografías vienen en segundo lugar los *Sermones* y las *Novenas*. Entre los primeros bástenos citar el pronunciado en Roma, con aplauso unánime de los contemporáneos por el P. Juan Pablo Oliva, general de la Compañía de Jesús, durante las grandes y solemnísimas funciones de la canonización; y entre las *Novenas*, la publicada en 1798, en Lima, amenizada con ciertos versos que fielmente hemos transcrito y que son, á no dudarlo, fruto de la inspiración de algún vate limeño de la época.

Dió el poeta á la vida de las rosas la duración de una mañana; pero la mañana hermosa y apacible que mide la vida inmortal de nuestra Rosa en la memoria reverente de la humanidad, no conoce término, no sufre limitaciones y su luz deslumbradora brilla y brillará inextinguible, no en un país ni para una raza, sino en todos los países y para todas las razas de la civilización cristiana.



## LIBRO PRIMERO